

Las Pisadas Misteriosas

(Gilbert Keith Chesterton): Si alguna vez, lector, te encuentras con un individuo de aquel selectísimo club “*Los Doce Pescadores Legítimos*” cuando concurre a su comida anual reglamentaria en el Vernon Hotel; podrás advertir, mientras se despoja de su abrigo, que su traje de noche es verde y no negro. Si le preguntaras, suponiendo que tuvieras la inmensa audacia de dirigirte a él, el porqué de esta indumentaria, probablemente te contestaría que lo hace para que no lo confundan con un camarero y tú te irás desconcertado; dejando atrás un misterio todavía no resuelto y una historia digna de contarse.

Si, para seguir en esta vena de conjeturas improbables, te encontraras con pequeño sacerdote muy discreto y muy activo al que conocen como Padre Brown y le interrogaras sobre cuál fue el mejor suceso que le ha tocado vivir; tal vez te conteste que fue su aventura en el Vernon Hotel, lugar donde logró evitar un crimen y acaso salvar un alma, gracias al sencillo hecho de haber escuchado unos simples pasos por un pasillo. Está un poco orgulloso de la perspicacia que entonces demostró y no dejará de referirte el caso. Pero como es de todo punto inverosímil que logres elevarte tanto en la escala social como para encontrarse con algún individuo de “*Los Doce Pescadores legítimos*”, o que te rebajes lo bastante alternando entre pillos y criminales como para que el padre Brown dé contigo, me temo que nunca conocerás la historia...a menos que la oigas de mis labios.

El Vernon Hotel, donde celebraban sus banquetes anuales “*Los Doce Pescadores Legítimos*”, era una de aquellas instituciones que sólo pueden existir en el seno de una sociedad oligárquica, casi enloquecida de buenas maneras. Era algo, desde todo punto de vista, monstruoso: una empresa comercial “*exclusiva*”. Quiero decir que no estaba pensada para atraer a la gente, sino por alejarla. En el corazón de una plutocracia los comerciantes acaban por ser tan sutiles, como para sentirse todavía más escrupulosos que sus clientes. Crean positivas dificultades a fin de que su clientela rica y aburrida gaste dinero y diplomacia en destacarse como tales. Si hubiera en Londres un hotel elegante en donde no fueran admitidos los hombres menores de seis pies, la Sociedad organizaría dócilmente partidas de hombres de seis pies para ir a cenar al hotel. Si hubiera un restaurante caro que, por capricho de su propietario sólo se abriera los jueves por la tarde, lleno de gente se vería los jueves por la tarde.

El Vernon Hotel estaba en un ángulo de la Plaza Belgrado. Era un hotel pequeño e incómodo. Pero sus mismas incomodidades servían de muros protectores para esta clase particular. Uno de sus inconvenientes, sobre todo, era considerado como cosa de vital importancia: el hecho de que sólo podían comer simultáneamente en aquel sitio veinticuatro personas. La única mesa grande era la célebre mesa de la terraza al aire libre, en una galería que daba sobre uno de los más exquisitos jardines del antiguo Londres. De modo que los veinticuatro asientos de aquella mesa sólo podían disfrutarse en tiempo de verano; lo que dificultaba este placer haciéndolo más deseable. El dueño actual del hotel era un judío llamado Lever y le sacaba al hotel casi un millón, mediante el procedimiento de hacer difícil su acceso. Ciertamente que esta limitación de la empresa estaba compensada con el servicio más cuidadoso. Los vinos y la cocina eran de lo mejor de Europa y la conducta de los criados correspondía exactamente a las maneras estereotipadas de las altas clases inglesas. El amo conocía a sus criados como a los dedos de sus manos; no había más que quince en total. Era más fácil llegar a miembro del Parlamento que a camarero de aquel hotel. Todos estaban educados en el más terrible silencio y la mayor suavidad, como criados de caballeros; y por lo general, había un criado para cada caballero de los que allí comían. Sólo así podían consentir reunirse “*Los Doce Pescadores Legítimos*”, porque eran muy exigentes en materia de comodidades privadas y la sola posibilidad que miembros de otro club pudieran comer en la misma casa los hubiera molestado mucho.

Con ocasión de sus banquetes anuales los *"Pescadores"* tenían por costumbre exponer sus tesoros como si estuvieran en casa, especialmente el famoso juego de cuchillos y tenedores de pescado, que era -por así decirlo-, la insignia de la Sociedad. Cada pieza había sido labrada en plata bajo la forma de pez y tenía en el puño una gran perla. Este juego se reservaba siempre para el plato de pescado y éste era siempre el más magnífico plato de aquellos magníficos banquetes. La Sociedad observaba muchas reglas y ceremonias pero no tenía ni historia ni objeto, por eso era tan aristocrática. No había que hacer nada para pertenecer a *"Los Doce Pescadores"*; pero si no se era ya una persona de cierta categoría, ni esperanza de oír hablar de ellos. Hacía doce años que la Sociedad existía. Presidente, Mr. Audley; vicepresidente, el duque de Chester. Si he logrado describir el ambiente de este extraordinario hotel, el lector experimentará un legítimo asombro al verme tan bien enterado de cosa tan inaccesible y mucho más se preguntará cómo una persona tan ordinaria cual lo es mi amigo el Padre Brown, pudo tener acceso a aquel dorado paraíso. Pero en lo que a estos puntos se refiere, mi historia resulta sencilla y hasta vulgar. Hay en el mundo un agitador y demagogo ya muy viejo, que se desliza hasta los más refinados interiores contándoles a todos los hombres que son hermanos y dondequiera que va este revelador montado en su pálido bridón, el Padre Brown tiene por oficio seguirle.

Uno de los criados, de origen italiano, sufrió durante la tarde un ataque de parálisis. El amo judío, aunque maravillado de tales supersticiones, consintió en mandar a llamar un sacerdote católico. Lo que el camarero confesó al Padre Brown no nos concierne, por el sencillísimo hecho de que el sacerdote se lo ha callado; pero, según parece, aquello le obligó a escribir cierta declaración para comunicar cierto mensaje o enderezar algún entuerto. El Padre Brown, en consecuencia, con un impudor humilde como el que hubiera mostrado en el palacio de Buckingham; pidió que se le proporcionara un cuarto y recado de escribir. Mr. Lever sintió como si le partieran en dos. Era hombre amable y tenía también esa falsificación de la amabilidad: el temor de provocar dificultades o *"escenas"*. Por otra parte, la presencia de un extraño en el hotel aquella noche, era como un manchón sobre un objeto recién limpiado.

Nunca hubo antesala o sitio de espera en el Vernon Hotel, pues nunca hubo que aguardar a nadie en el vestíbulo; dado que los parroquianos no eran hijos de la casualidad. Había quince camareros para doce huéspedes. Recibir aquella noche a un huésped nuevo sería tan extraordinario como encontrarse a la hora del almuerzo o del té con un nuevo hermano en la propia casa. Sin contar con que la apariencia del cura era muy de segundo orden y su traje tenía manchas de lodo, sólo el contemplarle podría provocar una crisis en el club. Mr. Lever, no pudiendo deshacerse del mal, inventó un plan para disimularlo. Según entráis al Vernon Hotel (y nunca entraréis), se atraviesa un pequeño pasillo decorado con algunos cuadros deslucidos pero importantes y se llega al vestíbulo principal que se abre a mano derecha en unos pasillos por donde se va a los salones y a mano izquierda en otros pasillos que llevan a las cocinas y servicios del hotel. Inmediatamente a mano izquierda se ve el ángulo de una oficina con cancela de cristal que viene a dar hasta el vestíbulo: una casa dentro de otra, por decirlo así, donde tal vez estuvo en otro tiempo el bar del hotel precedente.

En esta oficina está instalado el representante del propietario (allí hasta donde es posible, todos se hacen representar por otros) y algo más allá, camino de la servidumbre, está el vestuario; último término del dominio de los señores. Pero entre la oficina y el vestuario hay un cuartito privado, que el propietario solía usar para asuntos importantes y delicados, como el prestarle a un duque mil libras o excusarse por no poderle facilitar medio chelín. La mejor prueba de la magnífica tolerancia de Mr. Lever consiste en haber permitido que este sagrado lugar fuera profanado durante media hora por un simple sacerdote que necesitaba garrapatear unas cosas en un papel. Sin duda, la historia que el Padre Brown estaba trazando en aquel papel era mucho mejor que la nuestra, pero nunca podrá ser conocida. Me limitaré a decir que era casi tan larga como la nuestra y que los dos o tres últimos párrafos eran los menos importantes y complicados. Porque fue en ese instante, en el que escribía estas últimas páginas, cuando el sacerdote comenzó a consentir cierta errabundez a sus pensamientos y permitió a sus sentidos animales, muy agudos por lo general, que despertaran.

Oscurecía mientras llegaba la hora de la cena y aquel olvidado cuartito se iba quedando sin luz. Tal vez, la oscuridad creciente -como a menudo sucede-, afinó los oídos del sacerdote. Cuando el Padre Brown redactaba la última y menos importante parte de su documento, se dio cuenta que estaba escribiendo al compás de un ruidito rítmico que venía del exterior; así como a veces piensa uno a tono con el ruido de un tren. Al darse cuenta de esto, comprendió también de qué se trataba: no era más que el ruido ordinario de pasos, cosa nada extraña en un hotel. Sin embargo, conforme crecía la oscuridad se aplicaba con mayor ahínco a escuchar el ruido. Tras de haberlo oído algunos segundos como en sueños, se puso de pie y comenzó a prestarle más atención inclinando un poco la cabeza. Después se sentó otra vez y hundió su rostro entre las manos, no sólo para escuchar, sino para escuchar y pensar. El ruido de los pasos era el ruido propio de un hotel; con todo, en el conjunto del fenómeno había algo extraño. Más pasos que aquéllos no se oían. La casa era de ordinario muy silenciosa porque los pocos huéspedes habituales se recogían a la misma hora y los bien educados servidores tenían orden de ser imperceptibles mientras no se les necesitase. No había sitio en que fuera más difícil sorprender la menor irregularidad. Pero aquellos pasos eran tan extraños, que no sabía uno si llamarlos regulares o irregulares. El Padre Brown se puso a seguirlos con sus dedos sobre la mesa, como el que trata de aprender una melodía en el piano.

Primero se oyó un ruido de pasitos apresurados: diríase de un hombre de peso ligero en un concurso de paso rápido. De pronto, los pasos se detuvieron y recomenzaron lentos y vacilantes; este nuevo paso duró casi tanto como el anterior, aunque era cuatro veces más lento. Cuando éste cesó, volvió aquella ola ligera y presurosa y luego, otra vez... el golpe del andar pesado. Era indudable que se trataba de un solo par de botas, tanto porque -como ya hemos dicho- no se oía otro andar, como por cierto rechinado inconfundible que a éste le acompañaba. El Padre Brown tenía un espíritu que no podía menos de proponerse interrogantes y ante aquel problema aparentemente trivial, se puso inquietísimo. Había visto hombres que corrieran para dar un salto y hombres que corrieran para deslizarse. Pero, *¿era posible que un hombre corriera para andar, o bien que anduviera para correr?* Sin embargo, aquel invisible par de piernas no parecía hacer otra cosa. Aquel hombre, o corría medio pasillo para después andar la otra mitad; o andaba medio pasillo para después darse el gusto de correr la otra mitad. En uno u otro caso, aquello era absurdo. Y el espíritu del padre Brown se oscurecía más y más como su cuarto.

Poco a poco la oscuridad de la celda fue aclarando sus pensamientos. Y le pareció ver aquellos fantásticos pies haciendo cabriolas por el pasillo en actitudes simbólicas y no naturales. *¿Se trataba acaso de una danza religioso-pagana? ¿O era alguna nueva especie de ejercicio científico?* El Padre Brown se preguntaba a qué ideas podían exactamente corresponder aquellos pasos. Consideró primero el compás lento: aquello no correspondía al andar del propietario. Los hombres de su especie, o andan con rápida decisión o no se mueven. Tampoco podía ser el andar de un criado o mensajero que esperara órdenes; no sonaba a eso. En una oligarquía, las personas subordinadas suelen bambolearse cuando están algo ebrias, pero, por lo general y sobre todo en sitios tan imponentes como aquél; o están quietas o adoptan una marcha forzada. Aquel andar pesado y sin embargo elástico que parecía lleno de descuido y de énfasis no muy ruidoso, pero tampoco cuidadoso de no hacer ruido; sólo podía pertenecer a un animal en la tierra, era el andar de un caballero de la Europa occidental y tal vez de un caballero que nunca había tenido que trabajar. Al llegar el Padre Brown a esta certidumbre, el paso menudo volvió y corrió frente a la puerta con la rapidez de una rata. Y el Padre Brown advirtió que este andar mucho más ligero que el otro era también menos ruidoso, como si ahora el hombre anduviera de puntillas. Sin embargo, no sugería la idea del secreto, sino de otra cosa -de otra cosa que Brown no acertaba a recordar-. Y luchaba en uno de esos estados de "casi-recuerdo" que le hacen a uno sentirse "casi-perspicaz". En alguna otra parte había oído ese andar menudo. Y de pronto volvió a levantarse poseído por una nueva idea y se aproximó a la puerta. Su cuarto no daba directamente al pasillo, sino por un lado a la oficina de las vidrieras y por el otro al vestuario. Intentó abrir la puerta de la oficina pero estaba cerrada con llave. Se volvió a la ventana, que a esa hora no era más que un cuadro de vidrio colmado de una niebla rojiza apenas coloreada por el último destello solar y por un instante le pareció oler la posibilidad de un delito, como el perro huele las ratas...

Su parte racional, fuere o no la mejor, acabó por imponerse en él. Recordó que el propietario le había dicho que cerraría la puerta con llave y que después volvería por él. Pensó que aquellos excéntricos ruidos podrían tener mil explicaciones que no se le habían ocurrido y pensó, además, que apenas le quedaba luz para terminar su tarea. Se acercó a la ventana para aprovechar las últimas claridades de la tarde y se entregó por entero a la redacción de su Memoria. Al cabo de unos veinte minutos, durante los cuales tuvo que acercarse cada vez más al papel para poder distinguir las letras, suspendió de nuevo la escritura; otra vez se oían aquellos inexplicables pies. Sin embargo, ahora detectaba en los pasos una tercera singularidad. Antes parecía que el desconocido andaba, a veces despacio y a veces muy de prisa, pero andaba. Ahora, era indudable que corría y se oían claramente los saltos de la carrera a lo largo del pasillo como los de una veloz pantera. Quien pasaba parecía ser un hombre agitado y presuroso. Pero cuando llegó como una ráfaga hacia la zona de la oficina, volvió otra vez el andar lento y vacilante. El Padre Brown arrojó los papeles y sabiendo que la puerta de la oficina estaba cerrada, se dirigió a la del vestuario. El criado estaba ausente por casualidad, tal vez porque los únicos huéspedes de la casa estaban cenando y su oficio era una sinecura. Tras andar a tientas entre un bosque de abrigos advirtió que el pequeño vestuario terminaba en el iluminado pasillo, en un mostrador donde suelen dejarse paraguas o sombrillas a cambio de fichas numeradas. Sobre el arco semicircular de esta salida, iluminaba uno de los focos del pasillo; pero apenas alumbraba la cara del Padre Brown, que sólo se distinguía como un bulto oscuro contra la nebulosa ventana del Poniente a sus espaldas. En cambio, la luz enfocaba teatralmente al hombre que andaba por el pasillo. Era un hombre elegante vestido de frac que, aunque alto, no parecía ocupar mucho espacio. Se diría que podía escurrirse como una sombra por donde muchos hombres más pequeños no hubieran podido pasar. Su cara, iluminada a plena luz, era morena y viva. Parecía extranjero, de buena esencia, atractivo e inspiraba confianza. El crítico sólo hubiera dicho de él que aquel traje negro era una sombra que oscurecía su cara y su aspecto y que le hacía unos bultos y bolsas desagradables. Al ver la silueta negra de Brown, sacó un billete con un número, y dijo con amable autoridad:

-Deme mi sombrero y mi gabán; tengo que salir al instante.

El Padre Brown, sin chistar, tomó el billete y fue a buscar el gabán; no era la primera vez que hacía de criado. Trajo lo que le pedían y lo puso sobre el mostrador. El caballero, que había estado buscando en el bolsillo del chaleco, dijo riendo:

-No encuentro nada de plata; tome usted esto.

Y le dio media libra esterlina recibiendo su sombrero y su gabán.

La cara del Padre Brown permaneció impávida, pero perdió la cabeza. Siempre el Padre Brown valía más cuando perdía la cabeza. En tales momentos sumaba dos y dos y obtenía cuatro millones. A esto, la Iglesia católica que está prendada del sentido común, no siempre lo aprueba. Tampoco lo aprobaba siempre el propio Padre Brown. Pero estos momentos de inspiración son muy importantes en las horas críticas, horas en las que salvan su cabeza quienes la han perdido.

-Me parece, señor -dijo con mucha cortesía-, que ha de llevar usted plata en los bolsillos.

-¡Hombre! -exclamó el caballero-. Si yo prefiero darle a usted oro, ¿de qué se queja?

-Porque la plata es, a veces, más valiosa que el oro -dijo el sacerdote-. Quiero decir, en grandes cantidades.

El desconocido lo miró con curiosidad, después miró con más curiosidad hacia la entrada del pasillo, para volver a contemplar otra vez a Brown y con mucha atención consideró la ventana que estaba por detrás del sacerdote; todavía coloreada por el crepúsculo de una tarde lluviosa. De inmediato y con súbita resolución, puso una mano en el mostrador saltando sobre él con la agilidad de un acróbata e irguiéndose frente el cura, le tomó por el cuello con su poderosa garra.

-¡Quieto! -le dijo con un resoplido-. No quiero amenazarle a usted, pero...

-Pero yo sí quiero amenazarle a usted -dijo el Padre Brown, con una voz que parecía redoble de tambor-. Yo quiero amenazarle a usted con los calores eternos y con el fuego que no se extingue.

-Es usted -dijo el caballero- un extraño bicho de vestuario.

-Soy un sacerdote, Monsieur Flambeau -dijo Brown-, y estoy dispuesto a escuchar su confesión.

El otro se quedó un instante desconcertado y luego... se dejó caer en una silla.

Los dos primeros servicios habían transcurrido en medio de un éxito placentero. No poseo copia del menú de *“Los Doce Pescadores Legítimos”*, pero si la poseyera, no aprovecharía a nadie; porque estaba escrito en una especie de súper francés de cocinero, completamente ininteligible para los franceses. Una de las tradiciones del club era la abundancia y variedad abrumadora de los *hors d'oeuvres*. Se los tomaba muy en serio, por lo mismo que son números extras inútiles, como aquellos mismos banquetes y como el mismo club. También era tradicional que la sopa fuera ligera y de pocas pretensiones: algo como una vigilia austera y sencilla, en previsión del festín de pescado que venía después. La conversación era esa conversación extraña y trivial que gobierna al Imperio británico -que le gobierna en secreto- y que, sin embargo, resultaría poco ilustrativa para cualquier inglés ordinario suponiendo que tuviera el privilegio de oírla. A los ministros del Gabinete se les aludía por su nombre de pila, con cierto aire de benignidad y aburrimiento. Al canciller real del Tesoro, a quien todo el partido Tory maldecía a la sazón por sus exacciones continuas, le elogiaban por los versitos que solía escribir o por la montura que usaba en las cacerías. Al jefe de los *“Tories”*, odiado como tirano por todos los liberales, le discutían; aunque finalmente terminaban elogiando su espíritu liberal. Parecía, pues, que concedían mucha importancia a los políticos y que todo en ellos fuera importante menos su política.

Mr. Audley, el presidente, era un anciano afable que todavía gastaba cuellos a lo Gladstone; parecía un símbolo de aquella sociedad, a la vez fantasmagórica y estereotipada. Nunca había hecho nada, ni siquiera un disparate. No era derrochador, ni tampoco singularmente rico. Simplemente, estaba en el ambiente y eso bastaba. Nadie en sociedad lo ignoraba y si hubiera querido figurar en el Gabinete, lo habría logrado. El duque de Chester, vicepresidente, era un joven político en marea creciente. Quiero decir que era un joven muy agradable con una cara llena y pecosa, de inteligencia moderada y dueño de vastas posesiones. En público siempre tenía éxito mediante un principio muy sencillo: cuando se le ocurría un chiste lo soltaba y todos opinaban que era muy brillante; cuando no se le ocurría ningún chiste, decía que no era tiempo de bromear y todos opinaban que era muy juicioso. En lo privado, en el seno de un club de su propia clase, se conformaba con ser lo más francote y bobo como un buen chico de escuela. Mr. Audley, que nunca se había metido en política, trataba sobre estas cosas con una seriedad relativa. A veces, hasta ponía en embarazos a sus compañeros dando a entender con algunas frases, que entre liberales y conservadores existía cierta diferencia. En cuanto a él, era conservador hasta en la vida privada. Le caía sobre la nuca una ola de cabellos grises como a ciertos estadistas a la antigua y... visto de espaldas, parecía exactamente el hombre que necesitaba la patria; pero visto de frente, asomaba un solterón suave, tolerante consigo mismo y con aposento en el *“Albany”*, como era la verdad.

Como ya se ha dicho, en la mesa de la terraza había veinticuatro asientos y el club sólo contaba con doce miembros. De modo que éstos podían instalarse muy a sus anchas del lado interior de la mesa sin tener a nadie que les estorbara la vista del jardín cuyos colores eran todavía perceptibles; aunque la noche se anunciaba algo sombría, para lo que hubiera sido propio de la estación. En el centro de la línea estaba el presidente y en el extremo derecho el vicepresidente. Cuando los doce individuos se dirigían a sus asientos, era costumbre -quién sabe por cuáles razones-, que los quince camareros se alinearan en la pared como tropa que presenta armas al rey; mientras que el obeso propietario se inclinaba ante los huéspedes fingiéndose muy sorprendido por su llegada, como si nunca hubiera oído hablar de ellos. Pero, antes de que se oyera el primer tintineo de los cubiertos, el ejército de criados desaparecía y sólo quedaban uno o dos; indispensables para distribuir los platos con rapidez en medio de un silencio mortal. Mr. Lever, el propietario, desaparecía también entre zalamerías y convulsiones de cortesía. Sería exagerado y hasta irreverente decir que volvía a dejarse ver por sus huéspedes. Sin embargo, a la hora del plato de solemnidad, del plato de pescado; se presentía algo... *¿Cómo decirlo?* Se sentía en el ambiente una vívida sombra, una proyección de su personalidad, que anunciaba que el propietario andaba rondando por allí cerca. A los ojos del vulgo aquel sagrado plato no era más que una especie de monstruoso pudín de aspecto y proporciones de un pastel de boda, donde considerable número de interesantísimos peces habían venido a perder la forma que Dios les dio.

“Los Doce Pescadores Legítimos” empuñaban sus famosos cuchillos y tenedores y atacaban el manjar tan cuidadosamente cual si cada partícula del pudín costara tanto como los mismos cubiertos con que se comía. Y, en efecto, creo que costaba lo mismo. El servicio de honor transcurrió en el más profundo silencio mientras devoraban su presa. Sólo cuando el plato quedó casi vacío, el joven duque hizo una observación de ritual:

-Sólo aquí saben hacer esto, no en todas partes.

-En ninguna parte -contestó Mr. Audley en voz de bajo profundo volviéndose hacia el duque y agitando con convicción su venerable cabeza-... *En ninguna parte, sólo aquí. Me habían dicho que en el café “Anglais”...*

Aquí fue interrumpido un instante por el criado que le cambiaba el plato, pero resumió el hilo preciso de su pensamiento:

-...Me habían dicho que en el café “Anglais” hacían lo mismo. Y nada, señor mío -añadió, sacudiendo la cabeza como un pelele-. *Es cosa muy diferente.*

-Sitio elogiado más de lo justo -observó un tal coronel Pound, a quien por primera vez oía hablar su interlocutor desde hacía varios meses.

-No sé, no sé -dijo el duque de Chester, que era un optimista-. *Yo creo que es una cocina buena para algunas cosas. No es posible superarla, por ejemplo, en...*

En este instante llegó un criado, escurriéndose presuroso junto a la pared y quedándose luego inmóvil con el mayor silencio. Aquellos caballeros vagos y amables estaban tan acostumbrados a que la invisible maquinaria que rodeaba y sostenía sus vidas funcionara con absoluta suavidad, que aquel acto inesperado los sobresaltó como un chirrido. Y sintieron lo que tú y yo, lector, sentiríamos si nos desobedeciera el mundo inanimado; como si una silla se echara a correr. El camarero se quedó inmóvil unos segundos y en todas las caras apareció una expresión inexplicable de rubor, que es un producto característico de nuestro tiempo; un sentimiento en el que se combinan las nociones del humanismo moderno con la idea del enorme abismo que separa al rico del pobre. Un aristócrata genuino le hubiera tirado algo a la cabeza del triste camarero, comenzando por las botellas vacías y acabando probablemente con algunas monedas. Un demócrata genuino le hubiera preguntado al instante con una claridad llena de crudo compañerismo, qué diablos se le había perdido por allí. Pero estos plutócratas modernos no sabían tratar al pobre, ni como se trata al esclavo, ni como se trata al amigo. De modo que una equivocación de la servidumbre los sumergía en un profundo y bochornoso embarazo. No querían ser brutales, a la vez que temían ser demasiado benévolos. Y todos, interiormente, desearon que *“aquello”* desapareciera. Y *“aquello”* desapareció. El camarero, después de quedarse unos instantes más rígido que un cataléptico, dio media vuelta y salió escapado. Sin embargo reapareció en la galería o más bien en la puerta, pero en esta oportunidad venía acompañado de otro con quien secreteaba algo gesticulando con animación meridional. Luego, el primer camarero se fue dejando en la puerta al segundo y en seguida, aquel reapareció acompañado de un tercero y cuando un cuarto camarero se aproximó al sínodo; Mr. Audley creyó conveniente, en interés del tacto, romper el silencio. A guisa de mazo presidencial usó de una tos estrepitosa y dijo:

-Es espléndido lo que hace en Birmania el joven Moocher. No hay otra nación en el mundo que pueda... Un quinto camarero vino hacia él como una saeta, y le susurró al oído:

-¡Un asunto muy urgente! ¡Muy importante! ¿Puede el propietario hablar con el señor?

El presidente se volvió muy desconcertado y con ojos de pánico vio que Mr. Lever se acercaba con su difícil presteza. Aunque éste era su paso habitual, su cara estaba muy alterada: generalmente su cara era de cobre oscuro y ahora parecía de un amarillo enfermizo.

-Dispéñseme usted, Mr. Audley -dijo con fatiga de asmático-. *Estoy muy asustado. En los platos de pescado de los señores, ¿se fueron también los cubiertos?*

-Sí, naturalmente -contestó el presidente con cierto calor.

-¿Y lo vieron ustedes? jadeó el amo, espantado-. ¿Vieron ustedes al criado que se los llevó? ¿Le conocen ustedes?

-¿Conocer al camarero? -contestó indignado Mr. Audley-. *No por cierto.*

Mr. Lever abrió los brazos con ademán agónico:

-No lo envié yo -exclamó-. No sé de dónde ni cómo vino. Cuando ordené a mi camarero a recoger el servicio, se encontró con que ya lo había recogido alguien antes.

Mr. Audley tenía un aire demasiado azorado para ser el hombre que le estaba haciendo falta a la patria. Nadie pudo articular una palabra, excepto el coronel Pound, que parecía galvanizado en una actitud artificial. Se levantó rígido y mientras los demás permanecieron sentados, se afianzó el monóculo y emitió en un tono enronquecido como si se le hubiera olvidado hablar:

-¿Quiere usted decir que alguien ha robado nuestro servicio de plata?

El propietario repitió el ademán de los brazos, todavía con más desesperación y de un salto todos se pusieron en pie.

-¿Están presentes todos sus criados? -preguntó el coronel con su voz dura y fuerte.

-Sí, aquí están todos. Yo lo he advertido -dijo el joven duque adelantando la cara hacia el interior del coro-. Yo los cuento siempre al llegar, cuando están ahí formados a la pared.

-Con todo, no es fácil que uno se acuerde exactamente... -comenzó Mr. Audley.

-Sí, me acuerdo exactamente-, gritó el duque. -Nunca ha habido aquí más de quince camareros y los quince estaban hoy aquí, puedo jurarlo: ni uno más, ni uno menos.

El propietario se volvió a él con un espasmo de sorpresa y tartamudeó:

-¿Dice usted..., dice usted... que vio usted a mis quince camareros?

-¡Como de costumbre! -asintió el duque-. ¿Qué tiene eso de extraño?

-Nada -dijo Lever con un profundo acento-, sólo que es imposible, porque uno de ellos ha muerto hoy mismo en el piso alto.

¡Espantoso silencio! Es tan sobrenatural la palabra "muerte", que es probable que todos aquellos ociosos caballeros consideraran su alma por un instante y la misma les pareciera más miserable que un guisante marchito. Uno de ellos -tal vez el duque- hasta dijo, con la estúpida amabilidad de la riqueza:

-¿Podemos hacer algo por él?

Y el judío, a quien estas palabras conmovieron, contestó:

-Le ha auxiliado un sacerdote.

Y entonces, como al tañido de la trompeta del Juicio, todos se dieron cuenta de su verdadera situación. Por algunos segundos no habían podido menos que sentir que el camarero número quince era el espectro del muerto, que había venido a sustituirle. Y aquel sentimiento los ahogaba, porque los espectros eran para ellos tan incómodos como los mendigos. Pero el recuerdo de la plata rompió el sortilegio brutalmente, volviendo a todos a la realidad. El coronel arrojó su silla y se encaminó hacia la puerta.

-Amigos míos -dijo-, si hay un camarero número quince, ése es el ladrón. Todo el mundo a las puertas para impedir la salida y después se hará otra cosa. Por las veinticuatro perlas del club, vale la pena molestarse un poco.

Mr. Audley vaciló, pensando si sería propio de caballeros el darse prisa, aun en semejante circunstancia; pero al ver que el duque se lanzaba a la escalera con juvenil ardor, le siguió, aunque con ímpetu más arreglado a sus años. En este instante, un sexto camarero entró a decir que acababa de encontrar la pila de platos en un aparador, pero sin la menor huella de los cubiertos. La multitud de huéspedes y criados, desbordada sin concierto por los pasillos, se dividió en dos grupos.

La mayoría de los Pescadores siguieron al propietario a la puerta del frente, para averiguar si alguien había salido. El coronel Pound, el presidente y vicepresidente y uno o dos más, se dirigieron al corredor rumbo a los cuartos del servicio; por parecerles un camino más probable para la fuga. Cuando pasaron junto a la salita o caverna que servía de vestuario, vieron la figura de un hombre pequeño vestido de negro -un criado al parecer-, perdido en la sombra.

-¡Hola! ¡Aquí! -llamó el duque-. ¿Ha visto usted pasar a alguien?

El hombrecito no contestó directamente, pero dijo:

-Caballeros: tal vez he hallado lo que ustedes buscan.

Se detuvieron todos asombrados y dudosos. El hombrecito se dirigió tranquilamente al interior del vestuario volviendo de allí con las manos repletas de reluciente argentería, a la que depositó sobre el mostrador con la calma de un comerciante en plata. Y entonces se pudo ver, que aquella plata era una docena de pares de cubiertos de elegantísima forma.

-Usted..., usted...

Balbuceó el coronel, habiendo perdido por primera vez el aplomo. Luego se asomó al cuartito para observar mejor y pudo descubrir dos cosas: la primera, que el hombrecillo vestido de negro llevaba un traje clerical y la segunda, que la vidriera del fondo estaba rota como si alguien hubiera escapado por ella.

-Cosas de mucho valor para depositarlas en un vestuario, ¿no es verdad? -observó el sacerdote con plácido comedimiento.

-¿Usted..., usted robó esto? -tartamudeó Mr. Audley con ojos relampagueantes.

-Si así fuera -dijo el clérigo en tono burlón-, por lo menos ya lo he devuelto.

-Pero no fue usted... -dijo el coronel Pound, sin quitar los ojos de la vidriera rota.

-Para hablar claro de una vez -contestó el cura, humorísticamente- no he sido yo-. Y, con afectada gravedad, se sentó en un taburete que tenía al lado.

-En todo caso, usted sabe quién fue -advirtió el coronel.

-Su verdadero nombre lo ignoro -continuó el cura plácidamente-; pero algo conozco de su fuerza para el combate y de sus problemas espirituales. Me formé idea de la primera cuando trató de estrangularme y de los segundos, cuando se arrepintió.

-¡Hombre! ¿Conque se arrepintió? -gritó el joven Chester con un alarde de risa.

El padre Brown se puso de pie:

-Muy extraño, ¿verdad? -dijo-. ¿Es muy raro que un vagabundo aventurero se arrepienta, cuando tantos que viven entre la seguridad y las riquezas continúan su vida frívola, estéril para Dios y para los hombres? Pero aquí, si me permite, le advertiré que invade mis dominios. Si duda de la verdad de la penitencia, no tiene usted más que ver esos cuchillos y tenedores. Ustedes son "Los Doce Pescadores Legítimos" y ahí tienen ya su servicio para el pescado. En cuanto a mí, Él me hizo pescador de hombres.

-¿Ha ocultado usted a ese hombre? -preguntó el coronel arrugando el ceño.

El padre Brown le miró a la cara abiertamente:

-Sí -contestó-. Yo le he pescado con un anzuelo invisible y con un hilo que nadie ve y que es lo bastante largo para permitirle errar hasta los confines del mundo, sin que por eso se libere. Hubo un largo silencio. Los presentes se alejaron para llevar a sus camaradas la plata recobrada o consultar el caso con el propietario. Pero; el coronel de la cara gesticulante se sentó en el mostrador dejando colgar sus largas piernas mientras mordía sus bigotes, cuando al fin, dijo con mucha calma:

-Ese hombre ha de ser muy inteligente, pero yo creo conocer a otro que lo es más todavía.

-Sí, ese hombre es muy inteligente -contestó el cura-; pero, ¿a cuál otro se refiere usted...?

-A usted -dijo el coronel sonriendo-. Yo no tengo especial empeño en ver al ladrón encarcelado, haga con él lo que guste. Pero de buena gana daría yo muchos tenedores de plata por saber cómo logró hacer esto y cómo consiguió sacarle la prenda. Tengo la impresión que usted es más listo que el mismo demonio.

El padre Brown supo saborear el candor algo saturnino del soldado.

-Bueno- le contestó sonriendo-. *Yo no puedo contarle a usted todo lo que sé sobre la persona y hechos de ese sujeto, por el secreto de confesión, pero no tengo razones para ocultarle lo que de él he descubierto por mi propia cuenta.* Y diciendo esto, saltó con agilidad sobre el mostrador y se ubicó junto al coronel Pound, moviendo sus costillas como un niño. Y así, comenzó su historia con tanta naturalidad como si contara cuentos a un viejo amigo junto a la hoguera de Navidad.

-Verá usted, coronel. Estaba yo encerrado escribiendo en ese gabinetito, cuando oí unas pisadas por el corredor, tan misteriosas que parecían la danza de la muerte. Primero, unos pasitos rápidos y graciosos, como los de un hombre que anda de puntillas; después, unos pasos lentos, descuidados, crujientes, como de hombre que pasea fumando un cigarro. Pero ambos provenían de los mismos pies, yo lo hubiera jurado, y se alternaban: primero la carrerita, y después el paseo, y otra vez la carrerita... Me llamó la atención y me llenó de inquietud, el hecho que un mismo hombre diera dos especies de pasos. El paseo no me era desconocido; era típico de un hombre como usted, coronel. El paseo de un caballero bien nacido que está haciendo tiempo en espera de alguna cosa y que anda de aquí para allá, más que por impaciencia por exuberancia física. La carrerita tampoco me era desconocida, pero no podía yo precisar qué ideas evocaba en mi espíritu. ¿A quién o a qué extraña criatura había yo encontrado en mis andanzas que corriera así, de puntillas, de aquella manera extraordinaria? Después me pareció oír un ruido de platos, y la respuesta a mis interrogaciones me resultó tan clara como la de San Pedro: aquél era el andar presuroso de un criado, el andar con el cuerpo echado hacia delante y la mirada baja, de puntillas, la cola del frac y la servilleta flotando al aire. Medité un poco y creí descubrir y representarme el delito tan claramente como si yo mismo lo fuera a cometer.

El coronel Pound lo miró con desconfianza, pero los mansos ojos grises del cura contemplaban el cielo raso con la mayor inocencia.

-Un delito -continuó lentamente- es como cualquier obra de arte. No se extrañe usted por lo que digo, los crímenes y delitos no son las únicas obras de arte que salen de los talleres infernales. Pero toda obra de arte -divina o diabólica-, tiene un elemento indispensable; que es la simplicidad esencial, aun cuando el procedimiento pueda ser complicado. Así, en el Hamlet, los elementos grotescos: el sepulturero, las flores de la doncella loca, la fantástica elegancia de Osric, la lividez del espectro, el cráneo verdoso, todo ello es como un remolino de extravagancias en torno a la sencilla figura de un hombre vestido de negro. Bien; pues aquí también -añadió dejándose resbalar suavemente del asiento y con una sonrisa-,... aquí también se trata de la sencilla tragedia de un hombre vestido de negro. Sí -prosiguió ante el asombro del coronel-,... sí; todo este enredo gira en torno a un frac negro. También aquí, como en el Hamlet, hay excrescencias ridículas: que, en este caso, lo son usted y sus amigos. Hay un camarero muerto, que a pesar de estar muerto, se presenta a servir la cena. Hay una mano invisible que limpia la argentería de la mesa y después se evapora. Pero todo delito inteligente está fundado en algún hecho simplísimo, en algún hecho no misterioso por sí mismo. Y la mixtificación ulterior no tiene más fin que encubrirlo, desviando de él los pensamientos de los hombres. Este delito sutil, generoso, y que en otras circunstancias hubiera resultado muy provechoso; estaba fundado en el hecho más que simple: que el frac de un caballero es igual al frac de un camarero. Y todo lo demás fue ejecución y representación, -eso sí- de lo más fina.

-Alto -dijo el coronel, poniéndose en pie y contemplando, siempre con el ceño fruncido, sus relucientes botas-; no sé si he entendido bien.

-Coronel -dijo el padre Brown-, le aseguro a usted que ese arcángel de impudor que le robó los cubiertos anduvo de aquí para allá por este corredor y a plena luz, lo menos unas veinte veces y a la vista de todo el que quiso verle. No se ocultó en los rincones donde la sospecha pudo ir a buscarle, sino que anduvo paseando en los pasillos iluminados y dondequiera que se le sorprendiera, parecía estar por su propio derecho. No me pregunte usted cómo era. Seis o siete veces le habrá visto, sin duda. Usted y sus amigos estaban en el salón vestíbulo que se encuentra entre este corredor y la terraza, ¿no es eso? Pues bien; cuando nuestro hombre se acercaba a ustedes, a los caballeros, iba

con la ligereza de un criado, con la cabeza baja, columpiando la servilleta y con pies presurosos. Entraba a la terraza, hacía algo sobre el mantel, y volvía otra vez hacia la oficina y a las regiones de la servidumbre; y cuando caía bajo la mirada del empleado de la oficina y de los criados, ya era otro; se había transformado en todas y cada una de las pulgadas que su cuerpo mide y hasta en sus ademanes y gestos instintivos. Pasaba por entre los criados con la misma insolencia divagadora que los criados están acostumbrados a ver en los amos. Para la servidumbre no es cosa nueva que los elegantes caballeros en los banquetes se pongan a pasear por toda la casa como animales de un jardín zoológico; nada es de mejor gusto y distinción que el pasear donde a uno le da la gana. Cuando se sentía, pues, magníficamente aburrido de pasear por aquel lado, se volvía a la otra región y cruzaba otra vez frente a la oficina. Y al rebasar la sombra de este arco, se metamorfoseaba como por toque de magia y otra vez llegaba con su trocico menudo adonde estaban los Pescadores, convertido en criado solícito. Naturalmente, los señores no reparaban en un criado. ¿Y qué podían sospechar los criados de aquel distinguido señor que paseaba de aquí para allá? Una o dos veces se dio el lujo de extremar su juego con la mayor serenidad: en los cuartos del propietario, por ejemplo, se asomó a pedir muy garbosamente un sifón de agua de soda, diciendo que tenía sed. Declaró humorísticamente que él mismo se lo llevaría y así lo hizo en efecto, porque lo llevó al grupo de ustedes con la mayor corrección y rapidez, convertido así en verdadero criado que cumple la orden de un huésped. Claro que esto no podía durar mucho, pero no era necesario que durara más allá del servicio de pescado. -Su peor momento -agregó- fue cuando tuvo que alinearse junto a los demás criados al entrar los caballeros a la terraza. Pero aun entonces se las arregló para venir a quedar en el ángulo del muro, donde los criados pudieran figurarse que era uno de los caballeros y los caballeros que era uno de los criados. Y lo demás se hizo sin la menor dificultad. Todo camarero que se encontró con él lejos de la mesa, le tomó por un perezoso aristócrata. Y no tuvo más trabajo que acercarse a la mesa dos minutos antes de que acabaran de comer el pescado, transformarse en un activo camarero, y levantar los platos. Arrinconó los platos en cualquier aparador, se atiborró los bolsillos con los cubiertos de modo que el traje le hacía unos bultos y corrió como una liebre -yo le oí cuando se acercaba- en dirección a este vestuario. Aquí se transformó nuevamente en un plutócrata, en un plutócrata a quien acaban de llamar para algún asunto urgente. Y con dar su ficha al empleado del vestuario, pudo haberse escapado tan elegantemente como se había escurrido hasta aquí. Sólo que...; sólo que dio la pícara casualidad, que en ese instante, el empleado del vestuario era yo.

-¿Y qué hizo usted? -preguntó el coronel con sobrecitado interés-, ¿qué le dijo usted?

-Pido a usted mil perdones -dijo, imperturbable, el sacerdote-, pero en este punto acaba mi historia.

-Y es donde empieza la historia interesante -murmuró Pound-. Porque creo haber entendido los manejos profesionales de ese sujeto; pero los de usted, francamente, no los alcanzo.

-Tengo que marcharme -dijo el Padre Brown.

Y juntos se dirigieron por el pasillo al salón vestíbulo, donde se encontraron con la cara fresca y pecosa del duque de Chester que ruidosamente venía hacia ellos.

-Venga usted acá, Pound -gritó jadeante-. Le he buscado a usted por todas partes. La cena se ha reanudado ahora a toda prisa y el viejo Audley ha dicho un discurso en honor de la recuperación de los cubiertos. Hay que inventar alguna nueva ceremonia para conmemorar el caso ¿No le parece? ¿Qué se le ocurre a usted?

-¿Cómo? -dijo el coronel, contemplándole con cierta sardónica aprobación-. Pues se me ocurre que, en adelante, nos presentemos siempre aquí de frac verde, en lugar de frac negro. Porque nunca sabe uno a lo que se expone por parecerse tanto a los camareros.

-¡Calle usted! Un caballero no se parece nunca a un criado.

-Ni un criado a un caballero, ¿no es eso? -dijo el coronel Pound con una creciente ola de risa.

-¿Sabe su paternidad que su amigote ha de ser todo un elegante para haber podido pasar por caballero?

El padre Brown se abrochó el humilde gabán hasta el cuello, porque la noche devino tormentosa y tomando su paraguas le contestó.

-Representar un caballero ha de ser tarea muy ardua; pero... a veces he creído que es igualmente difícil hacer de criado... Y diciendo "buenas noches", empujó las pesadas puertas doradas de aquel palacio de placeres y se alejó caminando por las calles húmedas y oscuras buscando un ómnibus de un penique.